

cantadoras para atraerse su atención hasta tal extremo, porque podemos decir que Milor no perdía nunca por tan poca cosa su flema británica y su habitual indiferencia.

La percalina que servía de cortinilla á la concurrencia cayó; los dos sombreros de paja desaparecieron. Los negros se habían ido como habían venido.

Con este pequeño é insignificante incidente tenía la buena ciudad de Rennes motivo de conversación para todo el día y aun para algunos más. Cuando la diligencia arrancó definitivamente, salió de entre la multitud un grito de aclamación.

El inglés se recostó en uno de los rincones de la berlina y cerró los ojos como si hubiese olvidado completamente la presencia de su compañero de viaje, nuestro amigo Enrique Moreau.



## IX.

## MILOR.

Mozos, mendigos y ciudadanos permanecieron todavía algunos minutos delante del patio de las mensajerías. Preciso era hablar algo del dramático incidente que había señalado la partida del carruaje. Todos tenían motivo para decir una palabra acerca del inglés. Y como el ocioso lanzado por Enrique al arroyo tenía todo el mal gusto de quejarse, los sábios de la asamblea le respondían que siempre se ganan semejantes limosnas cuando se quiere mezclarse en los negocios ajenos.

Mientras que la concurrencia partía en medio del ruido, su modesta rival la competencia emprendía á su vez la marcha. La competencia había ido á establecerse frente de las mensajerías para atraerse los viajeros por la baratura de los precios. Sus

oficinas llevaban por enseña estas tres palabras llenas de atractivos: *¡Mitad de precio!* Pero estaba tan quebrantada la pobre competencia, chirreaban tanto sus ruedas, sufrían una tos tan maligna sus pobres caballos!

El postillon flaco y mal vestido que conducía aquel día á los dos pobres animales, hizo cuanto estuvo de su parte por proporcionar á los ociosos una salida decorosa. La calle estaba llena y era preciso sostener el honor de la competencia. El postillon hizo restañar gallardamente su látigo, y procuró hacer arder, como dicen, el anguloso empedrado de la capital bretona.

Pero ¡ay! daba lástima ver al pobre vehículo gemir y vacilar á cada vuelta que daba la rueda. Las aclamaciones que habían saludado la salida de la diligencia se cambiaron entonces en silbidos.

El pueblo se queja amargamente siempre de ser esplotado, burlado, asesinado. Ofrecedle cosas á bajo precio y le vereis que se encoge de hombros llenándose de injurias.

La competencia caminaba triste y melancólica; no se veía á nadie á sus portezuelas, como si las gentes que conducía se hubiesen avergonzado de mostrarse en tan miserable carruaje. Los dos sombreritos de paja divisados antes por el inglés habían llevado su precaucion hasta el extremo de subir las tablillas-rejas figurando persianas y sirviendo de cortinillas á la rotonda.

Eran dos niñas que parecia acababan de salir de

la infancia. Iban solas: estrechábanse una contra otra en una posición inquieta y temerosa.

La rotonda estaba casi á oscuras á causa de las supuestas persianas. Sin embargo, se hubiera podido distinguir bajo los sombreros de paja dos graciosas y encantadoras fisonomías que merecían seguramente la atención del inglés.

Las dos jóvenes habían llegado de Rennes la víspera por la tarde por el camino de Nantes en una carreta del país.

Aparentaban ser muy pobres. No querían decir sus nombres y rehusaban enseñar sus pasaportes.

Felizmente para ellas la empresa de competencia era indulgente por principio y daba tregua á sus preguntas.

La anciana mujer encargada de inscribir los asientos juzgó bien á la primera ojeada que nuestras dos jóvenes viajeras eran dos niñas menores de edad que abandonaban el techo paterno; pero en suma, ella no estaba encargada de informarse de la edad de cada una.

¡Se ve en las provincias partir tantas jóvenes como estas para ir á Paris á buscar fortuna!... Dos mas no eran un gran crimen.

La buena mujer pensó únicamente que estas eran bastante jóvenes y bellas para sacar un partido muy regular.

En el primer momento de este viaje guardaban las dos jóvenes un silencio profundo. Estaban agarradas de la mano; en sus rostros se leía una tristeza

grave; leíase también en ellas como una especie de terror. Hubiérase dicho que dudaban de los resultados de aquella empresa aturdidamente emprendida.

Ya era un poco tarde para reflexionar. El pequeño carruaje había pasado las últimas casas del arrabal, y no se distinguían ya las torres de San Pedro, esas dos hermanas de granito, robustas y cuadradas como las espaldas de los antiguos guerreros bretones.

Sin embargo de lo despreciada que era la concurrencia, seguía muy de cerca á su orgullosa rival.

Podíase prever que tal vez no tardaría mucho en tomar la delantera.

En la berlina de la diligencia habían conservado nuestros dos viajeros la posición en que los hemos dejado al abandonar el patio de las mensajerías. No habían cambiado entre sí una sola palabra. El inglés se había recostado en un rincón y cerraba los ojos como un hombre que pretende evitar toda comunicación inoportuna.

Enrique no estaba de humor de conversar á la fuerza; había en él demasiados recuerdos tristes ó alegres que acogía caramente, y ese mudo compañero que la casualidad le había proporcionado, no aparentaba quererle desagradar.

Su imaginación estaba fija en Penhoel; su corazón le hablaba de Diana, tan bella y tan amada, de Diana, que parecía haber huido de él en el momento de la despedida.

¿Qué había sucedido en Penhoel después de su salida? ¿Sería echado de menos? ¿Acogerían con lágrimas los ojos de Diana la noticia de su partida?

¡Pobre Diana! Había momentos en que se decía Enrique: Tal vez no hubiera debido abandonarla nunca, porque es desgraciada.... ¿y quién sabe si necesitará socorro en esa empresa misteriosa en que se ha empeñado?... ¿Pero cómo permanecer por mas tiempo?

¿Y además le amaba Diana?

¡Oh sí!.... al menos así lo creía en el fondo de su corazón.

Esto formaba la felicidad de su porvenir.

¡Cuán largo era aquel camino! Hubiera querido estar ya en París, en su taller, con los pinceles y la paleta en la mano. Sentía dentro de sí un ardor desconocido hasta entonces; fermentaba su pensamiento; ante sus ojos se ensanchaba repentinamente el horizonte.

Era pintor.

Sentía su fuerza: los obstáculos que hasta entonces le habían detenido le parecían pequeños y miserables. Apenas podía distinguirlos su mirada desdeñosa á través de su brillante camino. De la lucha no veía mas que el resultado, esto es, la victoria.

Y entonces se reprochaba haber tardado tanto tiempo. ¡Cuántas horas perdidas en el castillo de Penhoel! Daba gracias á Roberto de Blois por ha-

bérselo hecho abandonar, confesándose á sí mismo que nunca hubiera tenido valor para separarse de Diana.

Entre la aldea de Glenac y el pantano habia una gran hilera de castaños que se extendia tortuosa por el borde del agua. Los dias de estío, cuando el sol se ocultaba en su lecho de púrpura y oro tras la colina, se elevaba sobre el pantano una brisa fresca y suave. Enrique se veia aún sentado en la colina al pié de un árbol: era la hora de la llamada cita que ninguno habia dado, pero á la que no faltaba nunca ninguno de los dos.

Un paso ligero se dejaba oír detrás de la espesura de los castaños; el corazón de Enrique comenzaba á palpar y sus ojos se humedecian.

Diana acudia.

¡Qué bella era!... ¡Oh! ¡el placer de los amores!... ¿Se puede acaso escribir lo que se decian? ¿Tiene el corazón necesidad de labios para hablar? ¡Diana! ¡Diana! Tal vez hubiese acudido la bella jóven la víspera á sentarse bajo el querido árbol.

Después nada.....

La ausencia.

La cabeza de Enrique se inclinaba sobre su pecho y sus manos estaban unidas como en la hora de la plegaria.

El inglés dormia en un rincón.

Luego el corazón del jóven, adormecido un instante, se despertaba en toda su fuerza. Volvia en

sí animoso y lleno de savia: contaba adelantadas las horas de trabajo; fijaba sus esfuerzos.

Vencer, vencer para volver á buscar á Diana, que era el premio del triunfo y la corona.

A aquellas horas probablemente habria desempeñado Roger la mision confiada. Diana sabia la causa de la marcha de Enrique; por la primera vez habia recibido la confesion de ese amor que habia tanto tiempo duraba.

¿Qué habia hecho? Enrique hubiera querido ver las grandes pestañas bajas de sus párpados y el púdico rojo subiendo á su frente de virgen.

Roger le escribiria á Paris; ¿pero cuándo? ¡Dios miol tantos dias sin saber....

Distraido en estas reflexiones, ó mejor dicho, en estas fantasias, volvió sus miradas hácia el compañero de viaje que la casualidad le habia deparado. Aun no lo habia examinado y aquella primera ojeada le hizo hacer un movimiento de sorpresa.

El inglés estaba acostado en los cojines de la diligencia: sus piés se escondian en una preciosa y rica manta; el gran chal de cachemira que habia colocado detrás de su cabeza para evitar todo contacto con las paredes de la diligencia, caia sobre su frente formando una especie de adorno por demás extraño. Sus magníficos cabellos negros se escapaban confusamente de los pliegues del chal, yendo á rizarse formando bucles sobre sus hombros.

Enrique abandonó sus recuerdos para admirar

el bizarro perfil de aquella cabeza tan regular y tan completamente bella. No recordaba haber encontrado nunca en su vida de artista un modelo tan perfecto.

Cuanto mas contemplaba al inglés mas nobleza inteligente descubria en sus reposadas facciones.

Dibujaba con el pensamiento aquella frente pura como la frente de un adolescente y cargada sin embargo de reflexiones, aquella boca serena en que el trabajo de la vida habia dejado apenas una nube de amargura.

Ese rostro era como el reflejo de una alma poderosa y herida. Iba tal vez mucho mas lejos aún en la poesía de sus composiciones; pero á pesar suyo á su admiracion de artista se mezclaba el respeto, porque creia adivinar toda una vida de sufrimientos soportados con un valor excesivo.

El inglés hizo un movimiento en medio de su sueño; el jóven pintor volvió los ojos para no aparecer indiscreto.

La mirada se fijó naturalmente en el paisaje que se presentaba á sus vista. Habian andado ya ocho ó diez leguas. El camino cortaba un valle ancho entre dos filas de árboles llenos de verdor. A la derecha se veian húmedas praderas por las que el Vilaine perdía en caprichosas revueltas su hilo de azul y plata.

En suma, el aspecto no tenia nada de notable. Era uno de esos paisajes de la alta Bretaña que pueden compendiarse así: árboles y un arroyo.

Pero repentinamente hacia un recodo el camino, y el jóven pintor dejó escapar una exclamacion de placer que despertó á su compañero de viaje.

Era una especie de mudanza de decoracion. En lugar del monótono golpe de vista, se ensanchaba repentinamente el horizonte mostrando un admirable paisaje, en cuyo centro se asienta la villa de Vitré.

Habia allí con que estasiar á un pintor. Dificilmente se inventaria un cuadro mas admirable. Enrique miraba con ojos encantados aquellas casas de extraño estilo, diseminadas por la pendiente de la colina y aglomerándose, por decirlo así, en torno de la gran masa del castillo. Parecía ver una danza fantástica de torreoncillos antiguos con sus agudos techos.

El viento arrastraba las nubes que encubrian el firmamento. Cuando un rayo de sol iba á atravesarlas repentinamente, era una vista extraña entre aquellos árboles diez veces seculares que se elevaban colocados en desórden á los lados de la montaña.

Tendíase la vista queriendo seguir los innumerables detalles del cuadro. Desde la preciosa pradera por que serpeaba el Vilaine hasta la lejana cima de la pendiente, era como una gran escalera de escalones desiguales y formados con construcciones que vacilaban por la vejez. Debajo, cerca de un molino cuyo movimiento producía un grito monótono, se elevaba una cabaña con su techo de ra-

maje; sobre la cabaña se apoyaba la casa de un aldeano vitrés rodeada de una cerca; sobre la casa se dibujaba un castillejo gris, descarnado y lleno de veletas monstruosas y ceñido por largas balastradas de hierro; encima grandes rocas, iglesias viejas y tristes, árboles añosos como la misma villa, que es el decano de las ciudades de Bretaña, y sobre todo esto el castillo, ese despojo informe del que ha hecho el tiempo una maravilla.

¿No hay en todo esto el capricho de un génio artístico?

¿No es el resultado del trabajo de muchos años de paciencia? La mano del hombre ha ayudado á esta confusión poderosa que mezcla lo risueño con lo terrible, y va á coronar á este sombrío gigante de piedra con cabellera olorosa y florida.

Ignórase dónde comienza sin que se sepa dónde termina aquel recinto guarnecido de torres: se pierde entre las casas, desaparece tras los árboles, se ve subir rodeando una calle su construcción cíclope, cuya base se pierde en el fondo de las verdes praderas, transformadas en jardines. Brazos de titanes fueron los que llevaron á la cima de aquella montaña aquellos enormes trozos de granito. ¡Y qué contraste! Sobre esta gastada ruina ennegrecida, caduca, flores por todas partes. Cada hendedura presenta un ramillete, cada roca deja escapar su elegante guirnalda.

En la base de las murallas donde comienza el espeso manto de yedra que vela la decrepitud del gi-

nete, agita la campanilla con la brisa sus dorados hilos: las blancas y encarnadas rocas dibujan sus festones sobre el oscuro verde de las viñas salvajes.

Se dice que Vitré es la mas inteligente de todas las ciudades y pueblos de Francia; que se venda á un mercader de curiosidades y tiene hecha su fortuna.

Enrique observaba.

A medida que el carruaje iba avanzando, cambiaba para él el paisaje como si hubiese puesto sus ojos en el cristal de un caleidoscopio.

Sin saber que hablaba murmuró:

—¡Es hermoso!... ¡es hermoso!...

—¿Qué es lo que es hermoso? preguntó á su lado una voz brusca y gruñona.

Enrique se volvió al momento. A su vez habia olvidado al inglés.

Este se frotaba los ojos cargados de sueño, demostrando su rostro las huellas de un humor detestable.

—Me habeis despertado, caballero, replicó, con vuestras exclamaciones y vuestros gritos. ¿No podríais dejarme dormir en paz?

Enrique admirado con esta salida quiso excusarse; el inglés le cortó la palabra.

—Descaria saber, caballero, prosiguió, donde encontráis esas cosas que os arrancan esos gritos de admiración.

Enrique estendia la mano hácia la villa y castillo

TOM. II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

de Vitré, que se veía en este momento en su punto de vista más pintoresco.

El inglés se sonrió provocativamente.

—¡Diablo! dijo; ¿es eso, caballero, lo que encontráis tan hermoso? Unas cuantas casas feas y viejas llenas de polvo, donde si fuera un mendigo no quisiera vivir.

—Pero, milor.... advertid....

—Advierto, caballero, y comprendo que esos caserones tan asquerosos son la vergüenza de un país civilizado.

—Sin embargo....

—Caballero, detesto con todo mi corazón esa especie de majaderos que se asombran al ver las antiguas murallas y las casas llenas de polvo.... De todos los paisajes que hemos atravesado, os lo confieso con sentimiento, es este el más feo de todos para mi gusto.

Enrique permanecía absorto ante aquel ataque brutal é imprevisto.

—Milor, dijo procurando sonreír, seguramente que he hecho mal en turbar vuestro sueño....

—Sí, señor, interrumpió el inglés, muy mal; pero ahora no se trata de eso. Lo que me desagrada es el modo con que os quedáis estasiado al contemplar ese montón de polvo! Y hasta creo que debe pareceros muy feo.

—Os protesto....

—¡Nada!.... ¿A qué viene sostener esa farsa? Entre ciertas gentes, locos ó majaderos, no tiene

nada de extraño demostrar admiración en presencia de esas ridiculeces.

Enrique hizo un movimiento de impaciencia.

—No es otra cosa, caballero.

—Lo que sería locura, milor, dijo el joven pintor, sería discutir formalmente con vos sobre un asunto que parece no comprendéis mucho.

—¡Comprender! exclamó el inglés, cuyo acento británico parecía en aquel momento más desagradable y más discordante; he ahí la palabra.... Cuando se carece de razones buenas y convincentes, se cruza uno de brazos y dice: Sois unos profanos, no sabéis ni aun comprender.

Enrique era un muchacho de sangre fría é imaginación; pero esta respuesta le encontraba desprevenido.

Examinó arqueando las cejas la noble y bella fisonomía de su compañero de viaje, á quien antes admiraba con toda sinceridad. En aquel momento no veía con los mismos ojos. Aquella fisonomía arrogante y serena le parecía pérfida y poco expresiva.

—¡Dejemos eso!.... dijo con cierto tono de mando mezclado de cólera; en nuestra posición sería severamente ridícula una querrela. Además, no me hallo en el caso de aprender que en ciertos asuntos no puede el diablo poner en armonía el instinto de un cualquiera con el sentido de un artista....

—Ah! ah! ah! dijo por tres veces el inglés, ¿somos artista, caballero?.... Francamente, lo siento

por vos... faltan los brazos á la cultura de la tierra, no hay bastantes cavadores, los podadores reclaman en vano aprendices... se encuentran gentes que no tienen vergüenza en confesar francamente su inutilidad....

Es muy sensible!....

Enrique dió una patada y se incorporó; de su labio pendían palabras de desafío. El inglés le miró aún un instante con su sonrisa seca y desdenosa.

Después en el momento en que iba á hablar Enrique, se encogió de hombros el inglés, cerró los ojos y puso su cabeza sobre el hermoso chal de cachemir.

—Por Dios, caballero, no me desperteis.... tengo mucho sueño.

Enrique permaneció desconcertado. Guardó silencio mordiendo su freno y preguntándose si trataría efectivamente con un maniático.

El inglés había vuelto á dormirse.

En Vitré se habían tomado caballos de refresco; el carruaje corria con la mayor velocidad por los confines de la Bretaña y del Maine. A medida que pasaba recobraba Enrique su calma, conservando sus recuerdos.

Al cabo de dos horas empleadas por el jóven pintor en reflexionar y por el inglés en dormir, llegó la diligencia á su relevo.

Mientras que se cambiaba de caballos hacia el viajero con la cabeza asomada á la ventanilla las preguntas de costumbre.

—¿Dónde estamos?

—En la aldea de la Gravelle, donde acaba la Bretaña y comienza la Francia.

El inglés dió un salto frotándose los ojos.

—¡Ah! dijo, lanzando un profundo suspiro de alivio, al fin hemos salido de ese maldito país.

Dirigíase á Enrique, que le volvía la espalda, aparentando no oírle.

—¡Caballero!

No obtuvo respuesta.

—¡Caballero!....

Igual silencio. Enrique encontraba un placer incomparable en contemplar los tristes caballos que enganchaban al carruaje.

El inglés se agitó en un rincón. Sacó de su bolsillo un estuche pequeñito y no aguardó: lo abrió.

—Caballero, dijo otra vez, ¿quereis permitirme el placer de ofreceros un cigarro?

—No fumo, replicó Enrique sin volverse.

—¿Y os incomoda el humo del cigarro?

—Mucho, pero no tengo derecho para molestaros, milor; estais en vuestra casa.

El inglés cerró su petaca, guardándola tristemente en el bolsillo.

Enrique, que se volvió á medias, seguía sus movimientos á hurtadillas.

El inglés cruzó los brazos sobre el pecho con apariencia de buen humor.

—Caballero, prosiguió aproximándose al jóven pintor, os sacrificio en este momento una costumbre

de veinte años.... Al menos hablemos para hacer algo.

—Os aseguro, milor, replicó Enrique con tone de resentimiento, que me parece que ya hemos hablado lo bastante.

—Vamos, exclamó el inglés, ¿me guardais rencor?... ¿me veré precisado á pedir os perdon?

Había en la inflexion de su voz una franqueza tan comunicativa y tan buena, que Enrique no pudo menos de volverse repentinamente.

El inglés sonreía; su sonrisa tenia como una especie de encanto; su acento británico, tan desagradable antes, se suavizaba, y no era otra cosa que una especie de dulzura en su lenguaje.

—Si no quereis de mí mas que satisfacciones, replicó con una gracia llena de elegancia y atractivos, os ofrezco cuantas querais. Cada uno tiene en este mundo sus faltas, unos mas, otros menos.... Yo tengo muchísimas; pero advertid que ya soy un viejo, y que he sufrido mucho durante mi vida. Vamos, tomad mi mano y seamos amigos.

Enrique no tuvo idea de renunciar á esta proposicion.

Este sentimiento de simpatía respetuosa que habia encontrado contemplando al extranjero la primera vez, se despertó en él tan vivo que borró toda clase de resentimiento.

Alargó su mano; el inglés la estrechó cordialmente y prosiguió:

—Es odioso ese cielo de Bretaña, que me da jaqueca y me pone nervioso como una mujer.

—¡Ah! ya, dijo Enrique sonriendo; ¡mucho detestais á esa pobre Bretaña!

Recordaba la estraña pregunta que el inglés le habia hecho antes de admitirle en su compañía.

La frente de milor se oscureció.

—No sé explicar el por qué, respondió.... Llego de Brest.... He andado á pesar mio ochenta leguas por Bretaña, y prometo que nunca volveré á pisar su suelo.

Tal vez sea una preocupacion.... pero estos tres dias me han parecido mas largos que tres años. Tenia deseos vehementes de contrariar á alguno, de herir, de vengarme.

—¿Y me habeis escogido por víctima?

—Encontraré fácilmente la ocasion de expiar mi falta, mi jóven compañero.... Para empezar os diré que Vitré es un admirable punto de vista.

—¿Francamente?

—Francamente.... ¡Cuánta poesía en esas antiguas ruinas! Tenia yo sobre poco mas ó menos vuestra edad cuando viajaba á pié con un palo al hombro y mi pequeño equipaje á la espalda.... Me acuerdo que me detuve en el recodo del camino, en el mismo sitio en que lanzásteis aquel grito que me despertó sobresaltado. Me senté sobre una piedra y permanecí allí estasiado mas de media hora.

—¿Qué encontrásteis de notable en aquel mon-

ton de ruinas llenas de polvo que son la vergüenza de un país civilizado?

—¡Sois muy traviesos!... Encontré lo mismo exactamente que vos.... recuerdos del tiempo pasado.... ¿qué sé yo?... La juventud tiene emociones deliciosas que otra edad se esfuerza en vano por evocar y hacer renacer....

Pero hablemos, si gustais, de nosotros y hagamos conocimiento.... A mí me corresponde el primero.... Soy inglés de origen; me llamo Berry Montalt, antiguo general en jefe de los ejércitos del Iman de Mascát.

¿Tal vez no habreis oído hablar nunca de ese príncipe?....

—Sí tal, pero vagamente.

—En Arabia, donde se halla la capital, y sobre las costas de Africa, posee algunas provincias grandes como la Francia con corta diferencia, pero mas ricas.

—¡Ah! exclamó el jóven pintor.

—Sí.... grandes propietarios de Paris y Londres serian mendigos en Mascát, la ciudad de las perlas y de los diamantes.... el depósito de la India.... pero hace allí mucho calor.... Vuelvo á Francia porque comenzaba á aburrirme mucho. El Iman habia hecho la paz con el Egipto y mis soldados no tenian ya en qué ocuparse. He dejado mi palacio, mis mujeres y veinticinco leguas de costa que me habian dado.... Traigo apenas algunos millones.... Ahora os toca á vos, mi jóven camarada.

## X.

## DOS SOMBRERITOS DE PAJA.

Montalt habia enumerado sus pomposos títulos con gran sencillez; pero como esta misma pareció al pintor un exceso de fanfarronería, comenzó á desconfiar y rompió repentinamente el encanto que le ligaba con su compañero de viaje. Sin embargo de lo jóven que era, quiso demostrar mas constancia en su rencor, reprochándose la rapidez con que habia concedido su perdon.

En suma, la conducta del inglés habia sido insultante y sus tardías excusas no podian borrar mas que á medias la grosería con que habia procedido.

Y además, ¿quién sabe si esas excusas aceptadas